

El programa Don de lenguas de Radio Universidad de Salamanca

The University of Salamanca Radio programme, "Don de Lenguas"

Jesús BAIGORRI JALÓN

Grupo Alfaqueque
baigorri@usal.es

DÍAS DE RADIO

Me crié con la radio desde niño y con ese medio asocio, por ejemplo, las conexiones con las etapas del Tour de Francia a comienzos de los años 1960, en aquellos veranos tan largos de la infancia, cuando Anquetil y Bahamontes se repartían la clasificación general y la de la montaña. Otras generaciones posteriores se han criado con la televisión o con esas pantallas más pequeñas conectadas con el éter, que regresan al formato de la pizarrita en la que aprendíamos en la escuela a escribir con una tiza, como aquellas tablillas mesopotámicas que preceden a nuestra escritura.

Llegué a estudiar a Salamanca desde La Rioja en 1970 y en uno de mis primeros viajes me llevé una radio Telefunken, que había quedado arrinconada en el sótano de la casa de mis padres por transistores más modernos y con otras prestaciones, aunque en el tránsito tecnológico se perdió algo que a mí me parecía maravilloso, el «ojo mágico», que permitía sintonizar las emisoras con una precisión inferior tal vez a la digital de nuestros días, pero con una estética que evoca la película *Modern Times* (1936), de Chaplin. Desde siempre me gustó rastrear emisoras, algunas de ellas porque nos servían para enterarnos durante el franquismo de lo que sucedía en nuestro propio país,

como había visto hacer a mi abuelo y a mi padre cuando era pequeño. Otras veces me quedaba escuchando a ratos frecuencias en lenguas que no entendía, de las que trataba de espigar palabras que sonaran parecidas a alguna que yo supiera, por puro entretenimiento que quién sabe si auguraba lo que muchísimo tiempo después fue mi labor profesional: descifrar los mensajes dichos por otros en lenguas distintas de la que utilizo en este texto.

En 1971 mis padres me trajeron de Canarias una radio Grundig, que cubría todas las frecuencias al uso, cuando la diferencia de precio con la península hacía favorable el cambio. El otro regalo de radio me lo hizo mi mujer en Nueva York en torno a 1995. Era —y es, porque todavía la utilizo— otra Grundig, también con las principales frecuencias y con un montón de emisoras preseleccionadas, aunque en Manhattan, quizá por la colisión con tantas señales, no se llegaban a oír bien. Afortunadamente, una de las cadenas de la radio pública neoyorquina tenía una conexión directa con una emisora de Canadá que emitía en FM desde Montreal programación de *Radio France Internationale* (RFI) en distintos tramos del día. Esa era una de mis fuentes de información diarias en francés, uno de mis idiomas de trabajo. Otra era la emisora estadounidense *National Public Radio* (NPR), que tenía programas interesantes de opinión. Todavía vivíamos en la era analógica y si menciono estos detalles es porque la radio fue durante mucho tiempo una de las pocas fuentes asequibles a esa exposición al discurso oral que constituye una de las condiciones necesarias para la formación de un intérprete y también para el mantenimiento de sus idiomas.

La radio sigue siendo mi compañera durante algunas horas al día, en particular en el bache del insomnio de mitad de la noche. La compañía que busco a menudo, además de algunas emisoras españolas que escucho en una radio pequeñita y analógica Sony que solo tiene AM y FM, es la de *France Culture*, cuyos programas capto desde el teléfono móvil, quizá como un tic nostálgico de los tiempos neoyorquinos, solo que adaptado a la tecnología digital.

RADIO UNIVERSIDAD DE SALAMANCA Y EL PROGRAMA DON DE LENGUAS

Esos antecedentes personales sirven, al menos en parte, para explicar que, cuando me incorporé a la Facultad de Traducción y Documentación de Salamanca en 1999 directamente desde las Naciones Unidas, me pareciera oportuno aprovechar la existencia de Radio Universidad para iniciar algún programa relacionado con la interpretación, de modo que propuse crear uno que inicialmente pensé llamar «Tertulia de intérpretes». Estaba convencido de que el trajín de colegas intérpretes que venían a Salamanca, ya fuera a visitar la Facultad por razones profesionales o por otros motivos, generaría una corriente más o menos constante de personas cuyas opiniones y consejos permitirían darle visibilidad a la profesión entre los alumnos que cursaban

aquellas asignaturas, que al principio eran indistintamente y por igual todos los de traducción e interpretación, sin itinerarios separados, como hubo más tarde. La idea cuajó finalmente en un programa al que le dimos el nombre de «Don de lenguas», inspirados quizá insensiblemente en el milagro pentecostal —el curso más precoz y más acelerado de interpretación documentado, bien es verdad que en un libro religioso— en el que los alumnos debían ser los protagonistas. El formato habitual del programa, de una duración aproximada de 25 minutos y frecuencia semanal, era de entrevistas o mesas redondas en directo, basadas muchas veces en la oportunidad que brindaba la presencia en nuestra Universidad de investigadores, expertos, literatos, traductores o intérpretes, que para los estudiantes eran no solo una preciosa fuente de conocimiento, sino también personajes que les podían servir de modelo a quienes se estaban formando para ser lo que sus entrevistados ya eran.

Me pareció de forma intuitiva que un programa así podía cumplir objetivos formativos inmediatos en relación con la interpretación, al esparcir la semilla de la comunicación oral directa —así eran al principio todos los programas— a través de un micrófono que se abría ante una audiencia desconocida. La impresión que uno siente al hablar ante un micrófono que se activa cuando se enciende una luz roja en el estudio de radio servía, según mi parecer, como un ingrediente formativo más de las destrezas orales que tendrían que practicar en las cabinas de interpretación. Los alumnos se acostumbraban a distinguir entre los momentos en los que se podía hablar sin peligro de ser escuchado a través de las ondas —aunque siempre se les decía y se les dice que los micrófonos los carga el diablo— y aquellos otros momentos en los que se imponía el protocolo de la transmisión directa oral —no había imagen, como sucede ahora en los intercambios con pantalla— porque había alguien escuchando más allá del estudio de radio por la frecuencia 89 de la FM salmantina. Muchos estudiantes de Traducción e Interpretación se sintieron atraídos por aquella actividad novedosa para la mayoría y quizá por ello más estimulante, porque veían que «actuaban» en directo desde la radio, una radio amiga, la de su Universidad, y para una audiencia también amiga, la de sus propios compañeros. Me parecía que aquella actividad era útil para ayudar a gestionar esa sensación que los franceses llaman el *trac*, o miedo escénico, que, lejos de ser un inconveniente, constituye un ingrediente que el intérprete no debería perder nunca, como baliza de alerta de que está siendo escuchado. Si no me equivoco, era Christopher Thiéry —uno de los intérpretes de conferencias veteranos que, además de interpretar durante muchos años en el *Quai d'Orsay* para varios presidentes franceses, fue uno de los artífices de la consolidación de la AIIC— quien contaba que un día se le acercó una de las intérpretes jóvenes diciéndole muy ufana: «Sr. Thiéry, ya he perdido el miedo escénico». Él le respondió: «No se preocupe, ya volverá a encontrarlo y mejor que así sea porque le será muy útil».

El programa también apuntaba hacia otros objetivos indirectos. La preparación de los programas, que tenían y tienen periodicidad semanal, exigía hábitos de planificación, cuya utilidad desbordaba la mera programación radiofónica. También era necesario captar colaboradores para cada programa, lo que exigía contactar de antemano

con las personas entrevistadas y establecer relaciones interpersonales con compañeros y profesores. Montar un programa de radio así también exigía asumir responsabilidades tales como el cumplimiento estricto de unos horarios, porque tenía que adaptarse a la parrilla de programación de la radio, que se rige por un reloj implacable, y el seguimiento de unas pautas no escritas de los gestores y los técnicos de la radio. Entre otras, el respeto de los valores éticos sobre lo que se puede y no se puede decir a través de las ondas —desde cuestiones de uso del lenguaje hasta las de opinión—, la superación de las fronteras culturales, el respeto de la diferencia y el fomento de la tolerancia, así como la transparencia que supone el medio cuando se emite en directo, sin post-edición.

Un programa así permitía entender la capacidad y también los límites que posee el poder blando de una herramienta como la radio para dar a conocer las profesiones ante un público variado. Con el tiempo se vio que el programa abrió un abanico de posibilidades a las relaciones con otras radios universitarias (la Asociación de Radios Universitarias, ARU, se creó en 2011 <https://www.asociacionderadiosuniversitarias.es/>), y con universitarios de otros países del mundo a través de las emisiones digitales o los *podcasts*. En esa progresiva internacionalización el multilingüismo de los alumnos de nuestra Facultad ha sido un elemento clave en su participación muy activa en reuniones presenciales en Bruselas y en otros lugares. Además, el programa ha vivido lo suficiente como para ir adaptándose a la evolución tecnológica de los entornos de la información y la creciente digitalización de la comunicación, lo que les ha permitido a los alumnos familiarizarse con las nuevas técnicas de manera natural.

Desde luego, la implantación y el desarrollo de la experiencia no habría sido posible sin el apoyo de los encargados de Radio Universidad de Salamanca. Alberto Marcos Guillén, que fue desde 2002 nuestro interlocutor en el Edificio FES, en uno de cuyos sótanos se ubicaba al principio la emisora, me ha refrescado la memoria, porque en los primeros tiempos de nuestro programa el responsable era Ramón Luque, cuya pista, orientada hacia una carrera cinematográfica, había perdido y descubro en internet. En 2005 vino a hacerse cargo del equipo Elena Villegas Cara, que llegó justo cuando Radio Universidad se trasladó al Edificio de San Isidro, lindante con nuestra Facultad (¡cuántos paseos nos ahorramos desde entonces!). Ella, que también me ha ayudado a apuntalar algunos de estos recuerdos, sigue coordinando la emisora, que en verano de 2014 se mudó al Edificio de I+D en la Calle Espejo, su ubicación actual. Esta es la primera vez que reflexiono por escrito sobre Don de lenguas y me doy cuenta de lo importante que habría sido llevar un cuaderno de a bordo de los programas que íbamos haciendo, las más de las veces de forma improvisada, sobre todo al principio. Ese álbum inexistente, que debería haber contenido datos, fotos, etc. nos habría servido para reconstruir nuestro pasado de una manera más cabal que lo que permiten estas notas apoyadas en una memoria cada vez más cuarteada. Sin ese tipo de documentación me resulta imposible recordar los nombres de tantos alumnos colaboradores en el programa, pero quiero destacar la ayuda que nos prestó durante unos años Carlos Collantes, quien además de Traducción e Interpretación estudió Comunicación

Audiovisual, por lo que nos ayudó mucho a mejorar la conservación y difusión de los programas, que se habían empezado a grabar por iniciativa de Alberto Marcos. El repertorio de los programas de aquella primera etapa hay que considerarlo como parte de «lo que el micro se llevó», igual que los ya más de veinte años que tiene el programa se han llevado mis recuerdos de la primera etapa de su andadura.

Song for my father, del Horace Silver Quintet, fue la careta musical que le puso a nuestro programa Alberto Marcos y que duró muchos cursos, no sé cuántos. Curiosamente, ese disco me lo regalaría mi hijo en un cumpleaños, mucho tiempo después de que el programa estuviera ya rodando en el espacio virtual de la radio. Cada vez que oigo esa melodía reaparece la imagen de aquellos programas vespertinos y se activa dentro de mí un sentimiento de nostalgia, como el que me ha provocado el trávelin mental que sobrevuela en estas páginas mis catorce años de vida académica en la Facultad de Traducción y Documentación.

CODA

Cuando me iba a jubilar, en 2013, le propuse a Manuel de la Cruz que tomara el relevo del programa y aceptó. Desde entonces, él ha sido quien más se ha ocupado de que siga funcionando. Con ello se preserva y se mantiene vivo un patrimonio que, a mi juicio, sigue siendo un activo importante de nuestra Facultad y de nuestra Universidad y que solo se puede proteger si hay alguien (alumnos, técnicos y profesores) que estén detrás sustentando el estandarte.

Termino con unas brevísimas consideraciones finales. Creo que el programa Don de lenguas ha sido y es una celebración del multilingüismo y de la formación de traductores e intérpretes, cuyas profesiones ha contribuido y sigue contribuyendo a cartografiar. Considero que el archivo de programas grabados a lo largo de los años gracias a tecnologías más avanzadas y ahora accesibles a través de internet y de las redes sociales, constituye una especie de etnografía de un tiempo y un espacio de la Facultad y también, en cierto modo, de la Universidad en su conjunto. Entiendo que el programa ha contribuido y contribuye, de forma modesta pero continuada, a darle a la Universidad de Salamanca una mayor audibilidad, es decir, más visibilidad, a través de unos medios que la tecnología ha ido convirtiendo poco a poco casi en ubicuos. Desde aquí animo a todos los responsables de su creación y emisión a que el programa siga adelante.

Viñas de la Mata (Cáceres), marzo de 2021

